



Queridos hermanos y hermanas

Como sabéis, el pasado lunes 30 de octubre nos reunimos los obispos en asamblea general extraordinaria, junto a miembros de la CONFER, para un primer estudio del reciente 'Informe del Defensor del Pueblo sobre los abusos sexuales en el ámbito de la Iglesia católica y el papel de los poderes públicos', y valorar el estado del trabajo encargado al Despacho Cremades & Calvo Sotelo sobre los abusos en el seno de la Iglesia española.

Dos palabras destacaría del trabajo de esa tarde: «perdón» y «reparación».

Lo exige la realidad que tenemos delante. Más allá de las dudosas extrapolaciones que puedan derivarse de la encuesta que complementa la auditoría, las cifras nos interpelan duramente. El Informe recoge 487 testimonios de víctimas abusadas en el seno de la Iglesia (cf. págs. 205ss), además de los 786 casos reportados por las congregaciones religiosas y 318, por las diócesis (cf. págs. 508 y 491). Nuestra Iglesia de Plasencia, desgraciadamente, no se ha visto exenta de esta lacra. Cuatro son las denuncias conocidas por nosotros y reportadas al Informe del Defensor del Pueblo. En todas ellas se ha intervenido y se sigue trabajando.

El estudio demoscópico encargado por el Defensor del Pueblo reconoce, a su vez, que nos enfrentamos a un problema social de gran magnitud, que afecta a toda la sociedad. Según dicha encuesta, el 11,7 % de las 8.013 personas entrevistadas habría sufrido abusos antes de los 18 años; la mayoría, "en el ámbito familiar (34,1 %), seguida de la vía pública (17,7 %), ámbito educativo no religioso (9,6 %), ámbito social no familiar (9,5 %), laboral (7,5 %), internet (7,3 %), ámbito educativo religioso (5,9 %), ámbito religioso (4,6 %), ocio (4 %), deportivo (3 %) y sanitario (2,6 %)", entre otros (pág. 170-172). Conforme a estos datos, en el ámbito religioso, el problema habría afectado a un 1,13 % de los adultos en España; un 0,6 %, víctimas de abusos cometidos por un sacerdote o religioso católico (cf. pág. 646). No podemos mirar hacia otro lado.

Reconozco que un solo caso es ya motivo de vergüenza y de dolor. No solo defrauda la confianza puesta en nosotros; hiere y genera daños irreparables, escandaliza y nos convierte en un antisigno del Evangelio que estamos llamados a transmitir. Conviene, por otra parte, no olvidar que tras las cifras hay rostros, que no pueden ser instrumentalizados y que requieren de nuestra atención. Quiero dejar claro que no dejaremos de pedir perdón a las víctimas y a sus familias, a la sociedad y a todo el Pueblo de Dios, ni de trabajar y poner todos los medios necesarios para, en la medida de lo posible, reparar el daño, sanar heridas, y prevenir y combatir cualquier forma de abuso, porque queremos ser parte de la solución y no del problema.

Los testimonios recogidos por el Informe nos recuerdan que no podemos dejar de poner a las víctimas en el centro. Se ha hecho y se está haciendo un esfuerzo muy importante en la prevención, también en la formación, como sugiere el Informe. Atentos a las recomendaciones que se nos hacen, y por propia convicción, debemos dar un paso adelante en las medidas de una reparación que ha de ser sistémica e integral.

Agradecemos con toda humildad el reconocimiento que el Informe hace del esfuerzo de nuestra diócesis por ser lo más transparentes posibles, conscientes de que, con ello, no hacemos más que cumplir con nuestro deber y de que es mucho lo que nos queda por hacer. Pronto verá la luz el nuevo Protocolo para estos casos de todas las diócesis de nuestra Provincia Eclesiástica y la Guía de buenas prácticas. Quiero, a la vez, reconocer y agradecer el trabajo de nuestra Oficina de Protección de Menores, así como, y sería injusto no hacerlo, el de la inmensa mayoría de nuestra gente, sacerdotes, religiosos, seglares, que día a día entregan su tiempo y su vida por los demás. Cierto es que podemos protagonizar situaciones contrarias al Evangelio que nos avergüenzan y nos obligan a estar en un permanente estado de conversión. Pero también es cierto que, en nuestra Iglesia, y en nuestra Diócesis de Plasencia (así lo he podido constatar a lo largo de este primer año con vosotros), hay mayormente mucho amor, tiempo y vida entregada, lo que, humildemente, y sin arrogancia, debemos valorar y, sobre todo, cercano el día de la Iglesia diocesana, agradecer.

Con mi afecto y bendición

+ Ernesto  
obispo de Plasencia